



Ralph HAEUSSLER, *Becoming Roman? Diverging identities and experiences in ancient northwest Italy*, Walnut Creek, Left Coast Press, 2013, 386 pp., con ilustraciones [ISBN: 978-1-61132-186-9].

La aplicación de perspectivas identitarias al estudio del Imperio romano constituye una ruptura con los clásicos análisis sobre el proceso de integración provincial que conocemos tradicionalmente con el inapropiado nombre de “romanización”. De hecho, cada vez son más los autores que se acercan al fenómeno histórico citado partiendo de las nuevas categorías conceptuales y analíticas que están emergiendo dentro de la investigación en paralelo al desarrollo de los estudios poscoloniales e identitarios, como son “negociación”, “integración”, “encuentro”, “criollización” o “*bricolage* cultural”. La cuestión de fondo es llegar a conocer qué significa “ser romano” y qué implicaciones tiene ello en cada territorio. Dentro de esta línea, el libro de Haeussler, con el título de *Becoming Roman? Diverging identities and experiences in ancient northwest Italy*, viene a certificar que el Imperio romano nunca fue una entidad cultural homogénea, antes al contrario. Las variaciones y diferencias regionales, así como el surgimiento de prácticas y elementos culturales híbridos fruto del contacto entre grupos humanos diversos, dieron lugar a manifestaciones identitarias locales que no pueden considerarse puramente nativas, pero tampoco exclusivamente romanas. El autor centra su análisis en un espacio geográfico concreto, el noroeste de Italia, que pasó de ser una zona marginal a convertirse en una de las áreas más urbanizadas de mundo romano, y en la cual se desarrolló una vigorosa cultura regional propia y diferenciada.

Haeussler presta atención sobre todo al individuo. ¿Cómo experimentaron los sujetos de las actuales regiones italianas de Liguria, Piamonte y Valle de Aosta el ser conquistados por Roma? ¿Qué cambios se dieron en sus vidas a partir de ese momento? ¿Pueden calificarse como drásticos? ¿Cuáles son los motivos que llevan a una persona a modificar su estilo de vida, sus costumbres o su vestimenta? Según Haeussler, podemos suponer que las élites del noroeste italiano, como sucedería en otras provincias, hicieron uso de las estructuras y símbolos romanos para consolidar su poder en el seno de sus comunidades sin que tal cosa significara un abandono deliberado de su idiosincrasia y de sus propias pautas culturales. Por ejemplo, aunque en la estela bilingüe de Vercelli –siglo I de n. e.– encontramos claros elementos de simbología romana, el dedicante de la misma no parece estar expresando en ningún momento su “romanidad”. Lo que este hallazgo revela, como otros del mismo contexto –dracmas de Padane–, es que las oligarquías ligures aparentemente logran consolidar su poder en el nuevo marco sociocultural apelando a tradiciones ya existentes e incorporando otras romanas reformuladas. Se trata, además, de un proceso muy dilatado en el tiempo que no concluye hasta bien entrado el período imperial. Haeussler se pregunta si sucede lo mismo en otros niveles de la sociedad provincial. ¿Aspiraban los pequeños agricultores “nativos”, los comerciantes y los artesanos de la

costa piamontesa y el valle del Po a asumir completamente la *humanitas* romana? Hay que tener en cuenta que dichos individuos, los cuales conformaban una suerte de sub-élite, simplemente trataban de ganarse la vida en un mundo que cambiaba con rapidez. Algunos de ellos se especializan en el comercio, mientras que otros se trasladan a las ciudades fundadas *ex novo*, integrándose en los *collegia*, o pasan a formar parte del ejército una vez que sólo era ya necesario haber accedido al derecho de ciudadanía.

El libro de Haeussler, con prefacio de Greg Woolf (pp. 11-14), comienza con una introducción donde el autor señala la idoneidad de “des-romanizar” el Imperio romano y la necesidad de abandonar el término “romanización” (pp. 17-26). Indica que la “romanización” ha sido por lo general entendida como una imposición positiva y unidireccional de formas socioculturales a una cultura concreta por parte de otra, la romana, que es considerada más avanzada y civilizada. Por ello, en el primer capítulo, titulado “Conceptualising Processes of Sociocultural Change” (pp. 27-73), Haeussler acomete con enorme rigurosidad una síntesis sobre la actual discusión historiográfica acerca de la “romanización”, llegando a la conclusión de que, sin tener en consideración cuestiones tales como la agencia local, las hibridaciones, la negociación identitaria o las elecciones individuales, es imposible alcanzar una visión completa de los procesos de integración que conforman el epicentro de dicho debate. En este sentido, el autor presta especial importancia a las motivaciones personales que llevan a los individuos a adoptar nuevos elementos culturales y modificar sus prácticas cotidianas. Aquí reside, sin duda, una de las novedades más destacables de su análisis, pues la agencia individual es una variable poco tenida en cuenta por otros investigadores que han abordado el tema de las identidades en el mundo romano.

En el segundo capítulo –“Discrepant Identities in the Republic” (pp. 75-143)– el autor habla de “identidades discrepantes”. Se trata de una noción que le permite explorar el enorme conjunto de respuestas, experiencias y reacciones que genera el impacto romano en las comunidades colonizadas. Son muchos los factores que influyen en la emergencia de una identidad determinada. Atendiendo a ello, en el contexto del Imperio romano, Haeussler alude a la localización geográfica, el género, el sexo, la edad, el nivel económico, la lengua, la profesión que se desempeña o la vinculación o no con el apartado imperial de gobierno. Las diferencias lógicas que tales factores originan, unidas a las múltiples experiencias de vida derivadas de la práctica cotidiana y la capacidad individual de agencia, tienen no poca implicaciones en el significado de “convertirse en romano” o “ser romano”. Haeussler, en estas páginas, pone el foco de atención en el período republicano: su conclusión es que las gentes de la *Galia Cisalpina* desarrollan fuertes identidades locales, reivindicando expresiones y prácticas culturales propias en un momento ya romano.

En el capítulo 3 (pp. 145-180) se examinan las consecuencias de las imposiciones sociales, económicas, fiscales y demográficas de Roma sobre las sociedades locales, es decir, el autor busca conocer cuál fue el impacto real del “imperialismo romano” en el noreste de Italia y sus efectos identitarios. Su planteamiento es que, aunque la arquitectura, la religión, la política fiscal, la literatura o el ideal de la *humanitas* formaban parte del discurso imperial romano, no fue hasta después de la Guerra Social (91-81 a. n. e.), tras la cual los latinos y los *socii* obtuvieron la ciudadanía, cuando se produce el cambio esencial, al ser capaz Roma de integrar en sus estructuras de poder a amplias comunidades caracterizadas por la diversidad étnica, entre las que destacan los galos. Gracias a ello, según Haeussler, dichas comunidades pudieron participar activamente en los procesos de génesis cultural que se dan dentro del

mundo romano. Como resultado, durante el Principado, a la vez que se identifica una mayor integración política, jurídica y económica, la diversificación cultural será mayor. Los capítulos 4 (pp. 181-214) y 5 (pp. 215-304), de hecho, están centrados en el análisis de la etapa que se abre con Augusto. El objetivo de estos dos capítulos es examinar hasta qué punto los individuos se integraron en una Italia romana “unificada” y, a la vez, en qué medida influyeron en el discurso imperial común a todos los territorios bajo poder romano.

Por último, las conclusiones se abordan en el capítulo 6 (pp. 305-321). En ellas se recogen lo que, a criterio de Haeussler, fueron las principales motivaciones de las personas que habitaban el noroeste de Italia para “convertirse en romanos” desde el siglo III a. n. e. en adelante. Las formas de hacerlo fueron tan diferentes y el abanico de estrategias fue tan amplio que en general la configuración y reformulación de una nueva identidad cultural no supuso ningún problema, sobre todo porque no significó un cambio sustancial ni una pérdida de los rasgos anteriores.

Del mismo modo, es importante tener en cuenta, según apunta Haeussler, que dichas estrategias variaron significativamente entre la conquista en 222-194 a. n. e. y el Principado. También lo hicieron los factores de las que dependían las mismas, que son igualmente muy variados: el marco político y jurídico creado por el imperialismo romano, la creación de colonias, las cargas fiscales, la exclusión o inclusión del derecho a la ciudadanía romana, la capacidad del Estado romano a partir del siglo I a. n. e. para integrar en él a sus aliados, la participación en el ejército, la creciente conectividad entre regiones italianas, las necesidades de subsistencia y supervivencia material de determinados sectores de la población local, la pretensión de las élites nativas por mantener sus posiciones de poder dentro de sus propias comunidades, etc. El autor del libro insiste que la conquista en sí no supuso una interrupción radical de la evolución cultural en la que desde principios de la Segunda Edad del Hierro estaba inmersa toda la región del noroeste de Italia o *Galia Cisalpina* (p. 305). Así, la “celtización” de las dracmas de Padane y la pervivencia del idioma lepóntico en leyendas de del siglo I a. n. e. son reflejos de la coexistencia de diferentes lenguajes simbólicos en los ambientes ítalo-romanos del norte de la península. La hipótesis básica es que existen expresiones conscientes de identidad diferencial frente al imperialismo romano, pero no como una forma de resistencia, sino como una forma propia de integración y promoción social. Haeussler entiende que gran parte de las evidencias con las que trabaja en su estudio son resultado de las elecciones de los propios individuos, insertos en una sociedad con gran grado de movilidad intersocial, sobre todo a partir del Principado (p. 320). Las gentes del noroeste de Italia concibieron nuevas formas de identidad y expresión cultural para adaptarse a los grupos emergentes: decuriones, artesanos, comerciantes, miembros de los *collegia*, etc. “Ser romano”, más que un propósito premeditado, fue una elección inconsciente a partir de los elementos culturales que se tenían más a mano y que estaban eclosionando en un medio dominado por el bricolaje cultural. Es por ello, en definitiva, que bajo la aparente normalización cultural que se da en el mundo romano a partir de la época de Augusto puede rastrearse un mosaico de múltiples identidades culturales que transitan entre la unidad de “lo global” y la diversidad de “lo local”.

Francisco MACHUCA PRIETO
Universidad de Málaga
machucaprieto@uma.es